

ha elaborado el padre Carlos Mesa), opiniones nada vacilantes sobre nuevas publicaciones y hasta lacónicos estudios sobre cuestiones varias de ortografía, sintaxis y otras materias, como en las cartas de Angel Sallent y Gotés.

El deber moral que es para este intelectual la erudición explica en parte por qué Cuervo nunca pactó con la Academia y también por qué la lectura de este libro no consiste en devorar un ladrillo academicista, banquete sólo de recalitrantes turistas del pasado. Cuervo, como alguno de sus corresponsales, piensa que a la Academia le falta especialización y, por sobre todo, esa capacidad de sus miembros de guardarse para las bibliotecas privadas la mayor parte de su tiempo, virtud que, según el propio Cuervo, entorpecería el ejercicio del honorífico cargo. En una carta a Miguel Antonio Caro escribe: "mi escasa cooperación ha de atribuirse a una amistosa condescendencia; de suerte que si me retiro, no me impongo una privación dolorosa; si UU. me echan, no me considero afrentado... Si yo no soy académico en lo *privado*, mucho menos lo seré en lo *público*" (el subrayado es de Cuervo).

Lástima que la mayor parte de las cartas de Cuervo a sus corresponsales españoles no hayan sido encontradas para esta edición (en la que se omite el epistolario con Menéndez Pidal —salvo un par de escuetos comunicados inéditos— que había sido publicado anteriormente por el Caro y Cuervo). Esta circunstancia nos hace pensar que el título más apropiado para el libro era el de *Epistolario de corresponsales españoles con Rufino José Cuervo*, aunque, como hemos dicho, ello no ha sido óbice para que captemos el carácter erudito de la comunicación —Cuervo *in absentia*— con los corresponsales que verdaderamente entablan un diálogo esencial, y que voy a destacar a continuación.

Podríamos decir que hay un doble epistolario con Cuervo: el de los corresponsales menores —y no de nombre— que agradecen —un envío de libros, una carta, etc.—, elogian y hacen uso del tópico de humildad, especialmente si se atreven a opinar

en algo; un segundo grupo de corresponsales lo conforman los que establecen el diálogo al interior de la obra misma de Cuervo y, en ocasiones, de su propia obra. Hago mención de los principales y no incluyo datos, pues en el libro se antecede las cartas de cada corresponsal con una, a veces copiada, semblanza del mismo:



* Juan Eugenio Hartzenbusch, con quien Cuervo se enfrasca en la duda del vocablo *tetero*, que el hispano desconoce, en favor del uso del vocablo popular frente al galicismo *biberón*.

* José María Sbarbi y Osuna, filólogo purista y paremiólogo, quien aventura rígidos desacuerdos con minucias de las *Apuntaciones críticas sobre el lenguaje bogotano*.

* Marcelino Menéndez y Pelayo, con quien es notorio el diálogo bibliográfico sobre el *Centón epistolario*.

* Miguel Mir, uno de los más entrañables corresponsales de Cuervo, si bien comprobadamente errado en algunas de sus afirmaciones.

* José Miguel Guardia, el filósofo polemista de Menéndez y Pelayo, rescatador de la obra de Raimundo Lulio.

* Angel Sallent y Gotés, cuyas cartas, ya lo hemos dicho, son verdaderos estudios sobre diversas materias (etimologías, neologismos, ortografía, sinónimos, etc.).

* Antonio María Alcover, incansable constructor de la lengua catalana,

poeta admirado por Cuervo (quien, como dije, es un "crítico" literario no crítico sino admirador, degustador).

* Julio Cejador y Frauca, corresponsal de un achacoso Cuervo, cuyo epistolario con el sabio bogotano es una mutua labor de exégesis sobre las obras respectivas.

* Ricardo Monner Sanz, a quien Cuervo dirige perentorias aclaraciones relativas al buen uso del verbo *actuar*.

* Finalmente, y porque es también parte de la obra de Cuervo, la carta prólogo que éste dirige a Miguel de Toro y Gisbert, comentando las obras *Apuntaciones lexicográficas y Ortología castellana de nombres propios*.

Otra cuidadosa edición del Caro y Cuervo para los cuervólatras —si es que los hay— y para los amantes del universo filológico.

OSCAR TORRES DUQUE

Algo de gracia, poco de sustancia

Crónicas casi históricas

Ramón Illán Bacca

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 1990,
144 págs.

Los cronistas eran unos gigantes, escribió doña Kathleen Rommoli en su imprescindible biografía de Vasco Núñez de Balboa. Se refería, claro está, a los cronistas de Indias. Ellos produjeron una obra monumental, en la que combinaron la observación ligera sobre las debilidades de los españoles en el proceso de la conquista americana con notas densas, que envidiaría un etnólogo moderno, sobre la vida y costumbres de los naturales "destas tierras". Incluidos a dejarse sorprender por lo descono-

cido, redactaron páginas memorables —incluso en verso— sobre todos los aspectos de aquellos tiempos de aventura.

Pasados los tiempos y desarrollada la historiografía con todo su rigor académico, no pareció ocupación seria esa de escribir crónicas, a no ser que fueran piezas periodísticas de carácter volátil. Otros gigantes —Octavio Paz, Carlos Fuentes, García Márquez— han hecho esfuerzos, sin mucho éxito, por revivir el género. Podríamos mencionar también a Eduardo Galeano y a Germán Castro, como autores que luchan porque la crónica de corte histórico vuelva a tener un lugar sobre la tierra. Pero, ¿qué texto de hoy podría colocarse al lado de la *Crónica del Perú*? ¿Hay algo similar a las *Noticias históricas de las conquistas de Tierra Firme en las Indias Occidentales*? ¿Qué fue de aquellas plumas iluminadas?

Así que ante el libro de Ramón Illán, a quien conocíamos como un buen escritor de cuentos —*Si no fuera por la zona caramba*—, cuyo título evoca a los gigantes de miss Rommoli, nos pareció que se apuntaba alto y que, de repente, alguien había atinado.



Pero no, como de alguna manera lo acepta Germán Vargas en el prólogo, al situar este libro oscilando entre “lo barroco y lo chévere”, otra forma de decir que el asunto ha quedado en el terreno de lo puramente anecdótico, así tenga gusto y color. Ramón Illán escribe con aquella extraña cualidad que los salseros llaman “sabor”, pero ello no basta para convertir a sus crónicas en “casi históricas”. Les da la gracia, pero no les otorga la sustancia. Hay en ellas la chispa de una inteligencia brillante —“Por un hotel”—, pero se nota la ausencia de la reflexión y del trabajo alrededor de una buena idea.

Aceptado el peso liviano de las crónicas de Illán Bacca, habrá que recomendar a doce de las treinta y nueve que componen el texto. Ellas son: “Los búcaros de Santa Marta”, “El espía inglés” y “Una visita”, del capítulo titulado “Historias con guiños”; “El nadaísmo en Barranquilla”, “¿Un samario amigo de Proust?” y “Marzia”, del capítulo “Saltos y sobresaltos de un lector”; las cuatro del aparte “Arias, aires y desaires”, o sea: “Una noche en la ópera”, “Conciertos y desconciertos”, “Una velada con Puyana” y “El oratorio de Zumaqué”; y, la primera y la última de “Y ahora con ustedes... ¡Tongolele!”, es decir, la que lleva ese mismo título y “Por un hotel”.

Dejo por fuera, a propósito, “La fiesta era en Berlín” y “¿Qué pasó en el 48?”, porque son los dos relatos que más se acercan a lo que pudiera considerarse como “crónicas casi históricas”. El primero es excelente y sitúa al lector en un mundo maravilloso y desesperanzado a la vez: el Berlín de entreguerras. El segundo es francamente malo, no pasando de ser una deficiente selección de noticias de prensa hilvanadas en forma apresurada y sin mucho criterio: “Los tres disparos que a la una y cinco hiciera Juan Roa Sierra sobre Gaitán, causaron la mayor insurrección popular que hayamos conocido en toda nuestra historia” (pág. 26). Nuestra historia es, por supuesto, mucho más antigua que nuestra propia existencia personal. ¿Olvidó Illán la historia del florero de Llorente acaecida en 1810? ¿O no le parece que la insurrección

popular de entonces pueda ser —por sus alcances— “la mayor... de nuestra historia”? Hay otras historias de insurrecciones populares en diferentes regiones del país en los siglos XVIII (los comuneros, por ejemplo) y XIX que también podrían considerarse como especialmente significativas. ¿O no, mi estimado Ramón?

En “El espía inglés” resulta sugerente la mención de Robert Cunninghame Graham como autor de “Cartagena y las riberas del Sinú”, una crónica que incluye motín a bordo, cuando este poco conocido escritor se hizo notorio por la publicación en 1910 de un libro de cuentos titulado *Hope*, del que no se conoce traducción al español. ¿Se identifica Ramón Illán —más cuentista que cronista— con Cunninghame Graham? En todo caso es una nota erudita que le resulta bien lograda, al igual que “Una visita”, como también cuando maneja información esotérica en “¿Un samario amigo de Proust?” y “Marzia”.

Por momentos, inmerso en experiencias personales “Por un hotel”, “El nadaísmo en Barranquilla”, el libro adquiere una dimensión casi visual y un tono literario de gran factura: “...yo era juez en un pueblo de la Guajira, y solo venía los fines de mes a esta ciudad. Iba entonces a la Librería Nacional a encontrarme con la *intelligentzia*, cuyos miembros pasaban largas horas en la heladería, tomando té helado y hablando de libros...” (pág. 65).

Lo mejor de esta publicación de Uninorte es el aire festivo de los relatos —que no crónicas—, el sentido del humor que se sostiene a lo largo de sus 140 páginas y el alma crítica que manifiesta, sobre todo cuando aborda el tema musical. Hasta Zumaqué, ese ídolo de la costañidad, cae simpáticamente abatido por la pluma paisana de Illán Bacca.

Crónicas casi históricas resulta una lectura agradable. Una selección de notas periodísticas, que por lo mismo no revela unidad temática y resulta con altibajos de calidad, sobresale sin embargo por lo fino del estilo, cierto exotismo del material y el espíritu burlón que la anima. Podría haber quedado en la hemeroteca, y

allí estaba bien. Pero ya que hizo el tránsito a la biblioteca, ha de encontrarse un lugar, no al lado de Pedro Cieza de León, pero sí junto a Lucas Caballero, o tal vez codo a codo con Cepeda Zamudio.

GERMÁN PATIÑO

Ahora con ustedes... Tongolele

Crónicas casi históricas

Ramón Illán Bacca

Ediciones Uninorte, Barranquilla, 1990,
140 págs.

Con prólogo de Germán Vargas, *Crónicas casi históricas* reúne 39 textos publicados por Ramón Illán Bacca en periódicos y revistas nacionales entre 1975 y 1990. El libro, dividido en cuatro partes por un criterio temático (aunque algunos textos son intercambiables), presenta, sin embargo, una evidente unidad fundada en una actitud común: el humor, la irreverencia frente a los grandes temas y la preferencia por aquellos motivos aparentemente triviales, intrascendentes. "El juego consistía en recobrar tan sólo lo insignificante, lo inostentoso, lo perecido", esta frase de Horacio Olivera en el primer capítulo de *Rayuela* bien podría servir como epígrafe (o arte poética) de esta obra llena de frases memorables.

La primera parte, "Historias con guiños", recoge nueve escritos cuyos vínculos más notorios son: la presencia de algunos personajes que se reiteran (grandes caudillos: Gaitán, Hitler, Perón; espías o visitantes extranjeros en Colombia); una época relativamente unitaria (la primera mitad del siglo) y cierta continuidad espacial (Europa y Colombia, con alguna excepción). Estas crónicas relatan o pintan el fin de la *belle époque* y el choque o encuentro desigual entre las culturas europea y americana. Una de las preocupaciones fundamentales

del autor es la forma como nos ven y lo que dicen los europeos de nosotros (para Christopher Isherwood, por ejemplo, Gaitán es "un hombre de muchos dientes"), la inautenticidad de los criollos frente a las visitas foráneas (cuando el conde Fernando de Lesseps llegó a Barranquilla en 1879 se reemplazaron provisionalmente el gobernador y el alcalde, mulatos, no de buen ver, por otros, blancos) o la desadaptación de los que viajaron al exterior ("Prefiero estar muerto en París que vivo en Santa Marta, frase muy aplaudida entre las clases altas de los años 20").

"Saltos y sobresaltos de un lector" es, en apariencia, una parte dedicada a la literatura: en realidad al cronista le preocupa la vida literaria. Aunque de vez en cuando emite algún juicio (Amilkar U. fue un escritor "más importante que bueno"), lo que interesa son las anécdotas relacionadas con autores menores o marginales por su anacronismo, con frecuencia *best-sellers*: Henry R. Haggard, Hernando de Bengoechea, Juanita Sánchez L., David Sánchez J., J. M. Vargas Vila, Pierre Benoit, Gonzalo Arango y los nadaístas, entre otros. Al margen de estas notas está un homenaje agradecido, si bien nunca zalamero, al crítico Germán Vargas, con motivo de sus primeros setenta años: "El patriarca sin otoño".

"Arias, aires y desaires" relata las experiencias del cronista como melómano. Como en los "Saltos...", lo que concentra su atención, más que las presentaciones musicales en sí, son los movimientos y comentarios anónimos que saltan de las butacas, aunque de vez en cuando emita alguna opinión desfavorable sobre los experimentos vanguardistas de Zumaqué.

"Y ahora con ustedes... ¡Tongolele!", la parte en que se mueve como a sus anchas el autor, cuenta y comenta sus relaciones con la cultura de masas, lo *Kitsch* y lo cursi, la música popular, los reinados de belleza, la vida cotidiana de los monarcas europeos, el turismo, el cine, el carnaval. Un texto un poco al margen es la crónica de la desolación del cronista por la pérdida de su gato "Fellino Fellini". Mediante estos textos, Ramón Illán Bacca entra de

lleno, sin complejos de ninguna clase, en esa zona de la creación literaria que ha hecho famosos a Guillermo Cabrera Infante, Severo Sarduy, Carlos Monsiváis y Manuel Puig.

Cuando el autor titula su libro *Crónicas casi históricas*, podría pensarse que el adverbio *casi* alude a esa voluntad de apartarse de los temas trascendentales, del rigor minucioso de los historiadores profesionales. Me parece que la razón es otra (aquí el rigor no falta): los saltos y sobresaltos de un autor que pasa sin transiciones del dato verídico a la invención pura, con lo que convierte estos textos en crónicas "casi" literarias, de no ser por la leve dependencia de las crónicas frente a la realidad. Quizá más apropiados hubieran sido títulos como "Diario de un escritor", "Agenda de trabajo" o "Bloc de Notas".



En efecto, si relacionamos estos textos con la novela *Déborah Krueh*, de aparición casi simultánea, caemos en la cuenta de que constituyen una obra subsidiaria. La fecha de la mayoría de las crónicas (1974-1986) coincide con el proceso creador de la novela cuyos primeros capítulos aparecieron como cuentos en 1976. "En la guerra no hay manzanas" y en 1979 "Si no fuera por la zona caramba" y "La apoteosis de Mari Puspán", luego recogidos en el volumen misceláneo *Marihuana para Goering*. Muchas de las crónicas no son más que oportunidades o pretextos que aprovecha el autor para describir ambientes, objetos, personajes y espacios en los que quiere profundizar o para ensayar técnicas narrativas, afinar un lenguaje que va a emplear en las obras de ficción.